

promovedora, ha comenzado á dar preferencia en sus grabados y artículos á los objetos de nuestra pequeña sección mexicana.

Y aquí terminamos nuestra revista, y perdone el lector si hemos prolongado un poco la extensión de este capítulo; pero no es mucho que en media hora que habrá gastado en su lectura hallamos tenido que darle á conocer lo que en tres días apenas vimos á la ligera.

CAPÍTULO SEXTO.

Despedidas.—Plan de nuestras descripciones.—Noticia histórica.—La puerta del *Popolo*.—La Plaza.—*Santa María del Popolo*.—Las dos pequeñas iglesias.—El Corso.—Las mujeres romanas.

AL fin se dispersaron nuestros compatriotas. Unos cuantos, como decíamos arriba, llevaban el designio de hacer una larga excursión por Europa, y se proponían permanecer en el antiguo continente, y regresar á la Patria por diverso itinerario del que había fijado la Peregrinación: de estos nos despedimos, para no volvernos á ver acaso, con los ojos humedecidos por el llanto. Uno de aquellos excelentes compañeros nos encontró en una de las calles de Roma la víspera de partir, al otro día de la Misa en San Nicolás.

—Me despido de Vd., nos dijo, para París, á donde me voy mañana.

—¿Tan pronto, le digimos, ha visitado Vd. Roma? Yo apenas he visto dos ó tres edificios de los principales, y creo que no me bastará el tiempo de que puedo disponer para visitar lo más notable.

—Pues yo, volvió á decirnos, me doy por satisfecho con lo que he visto de Roma. Lo que deseo con ansia ver ahora es París, la capital del mundo civilizado, el emporio de la belleza y del buen gusto. ¿Qué hay más que ver en Roma, fuera de lo que hemos recorrido? Además, como viajero cristiano, yo debo visitar el santuario de Lourdes.

—No participo de las ideas y de los sentimientos de Vd. Si yo tuviera el tiempo disponible, iría á París y á Lourdes; pero después de haberme saciado, si posible es, en las bellezas de esta Roma en donde tanto se tiene que admirar. Mas ir á París sin conocer á Roma; estar aquí, tal vez para no volver, y separarse de la Ciudad Eterna sin haberla estudiado, francamente me parece un....

—Pues será lo que Vd. quiera, nos interrumpió: yo no permanezco un día más en Roma.

—Pues buen provecho le haga, mi querido amigo, y nos despedimos.

Otros romeros, con el propósito de regresar á la Patria en unión de sus hermanos, no pudieron prescindir, sin embargo, del deseo de visitar París, y se ausentaron de Roma para ir á estar una semana cuando menos en aquella Babilonia de la Edad moderna. Alguno de estos compañeros fué á despedirse de nosotros.

—Vengo á despedirme de Vd. hasta dentro de quince días, nos decía con aire de satisfacción; voy á París. ¿No quiere Vd. acompañarme?

—Gracias, amigo, le respondimos. Yo vine á Roma y de Roma no salgo hasta que la necesidad á ello me obligue. El tiempo de que disponemos es bien corto para emplearlo en otra cosa que visitar esta gran ciudad, la primera del mundo por sus recuerdos históricos y por sus bellezas de arte.

—Pues yo, proseguía nuestro amigo, no volvería satisfecho á la patria si no conociese París.

—Pues yo, repusimos, no volveré contento á México si no he visto cuanto pueda ver de Roma.

Y sin convencer el uno al otro, aquel amigo se marchó y nosotros nos quedamos, y con nosotros un grupo no poco numeroso de compañeros que no querían ver otra cosa fuera de Roma.

Algún amigo á quien habíamos invitado para que tomase parte en la Romería, y á quien proporcionamos facilidades y recursos para que hiciese el viaje en nuestra compañía, no pudo resistir á la tentación de visitar París y nos abandonó,

pretextando ciertas atenciones, y se marchó á Francia, con promesa de regresar á los quince días, lo que no cumplió.

Henos, pues, principiando á vivir en Roma, consagrados exclusivamente á visitar sus ruinas, sus monumentos, sus palacios, sus iglesias. Propusímonos un programa determinado que no siempre nos fué posible observar; porque ¡cuántas veces nos sucedió que en una sola iglesia empleamos la mañana ó la tarde que teníamos destinada para recorrer tres ó cuatro edificios! No pocas ocasiones nos vimos obligados á repetir nuestra visita, por no habernos sido suficiente el tiempo que habíamos empleado en la primera.

Sería difícil, por lo mismo, conducir al lector en nuestra compañía, llevando el irregular itinerario que seguimos diariamente en nuestras visitas. Tomaremos la ruta que nos ha parecido más conveniente para el efecto de que, con el libro en la mano, pueda el lector recorrer con la imaginación toda la ciudad, sin dejar de ver sus más importantes monumentos y edificios.

Ya se deja entender que mucho quedará por visitar; que pasaremos, sin detenernos, delante de muchísimos edificios; que no podremos examinar detenidamente lo que visitamos, ni menos dar cuenta de todo lo que hemos admirado. La vida de un hombre no alcanza para estudiar concienzudamente lo que hay en Roma; mucho menos para escribir el resultado de ese estudio. ¿Qué podría ver un peregrino en el corto transcurso de veinte días? Y sin embargo, tendríamos materia para formar varios y gruesos volúmenes, describiendo lo que vimos en tan corto espacio de tiempo.

Concretémosnos, pues, á escribir lo que es posible en los límites de una obra como la presente.

Conveniente nos ha parecido principiar esta parte de nuestro relato, con una breve noticia histórica de la ciudad de Roma, desde su fundación hasta nuestros días.

Causa verdadera extrañeza que aparezca envuelto en la fábula el origen de una ciudad que comenzó á existir no más que 753 años antes de la Era Cristiana. Si hemos de creer á la leyenda, Rómulo y Remo, los amamantados por la

célebre loba, fueron los fundadores de la ciudad. Sea lo que fuere acerca de esto, no puede dudarse que la Roma primitiva fué fundada sobre el monte Palatino, extendiéndose después al Capitolino y más tarde al Quirinal, Esquilino, Celio, y al fin al Viminal y al Aventino.

En la época de Servio Tulio y de los Tarquinos, Roma era ya una ciudad floreciente. Expulsados éstos, Roma, constituida en República, tuvo que luchar contra los aliados de sus antiguos reyes y contra el poder de los etruscos, á quienes llegó á aniquilar después de titánicos esfuerzos. Sometiéndose adelante á la Sicilia, destruyó á Cartago, se apoderó de la Grecia, de la Macedonia, de la Asia Menor, y llegando al apogeo del poder y de la gloria, perdió ella misma su libertad que le fué arrebatada por Julio César; comenzando con Augusto, sobrino de éste, la muy larga serie de Emperadores romanos que llegaron á ser célebres en la Historia, menos por sus virtudes y hazañas, que por sus vicios y crímenes.

Aquel poderoso imperio vino á tierra, y la gran ciudad quedó á merced de los bárbaros que la saquearon muchas veces. No fué menos desgraciada durante la Edad Media. A las inundaciones, á los incendios, sucedieron las invasiones de los Sarracenos y de los ejércitos alemanes: las incessantes luchas de los señores romanos, güelfos y gibelinos, continuaron la obra de devastación de los bárbaros. Tan lamentable estado de cosas duró hasta la época en que los Sumos Pontífices dejaron á Aviñón para volver á Roma. Su presencia restableció la calma en la ciudad, trabajada por tantos desastres, y se organizó un gobierno regular. Fomentaron los Papas las ciencias y las artes, rivalizando entre sí los cardenales y la nobleza romana, para reparar antiguas iglesias, edificar nuevas, conservar antiguos monumentos y construir soberbios palacios que embellecen la Roma moderna. Fué éste el período más brillante del gobierno de los Papas, cuyo poder temporal les fué arrebatado por la Revolución, el 20 de Setiembre de 1870.

A partir de esta fecha, el aspecto de la ciudad ha cambia-

do notablemente. Si bien hallábase adornado con soberbios edificios que los italianos no llegarán á construir iguales en solidez y magnificencia, las calles, con pocas excepciones, eran estrechas, irregulares y sucias: justo es decir que el gobierno usurpador se ha consagrado al embellecimiento exterior de la ciudad, y á la vez que ha prestado facilidades para la construcción de nuevos y elegantes edificios formando manzanas enteras y completos cuarteles, ha procurado el alineamiento y ampliación de muchas calles, que algunas de ellas forman hoy hermosas avenidas, tales como la *Vía Nazionale* y la *Venti Settembre*.

Servio Tulio había cercado la ciudad con espesos muros formados de blocks de torta volcánica: comprendía entonces las siete colinas y una pequeña parte del monte Janículo, abrazando una área de muy cerca de ocho millas.

Desde Servio Tulio hasta el emperador Aureliano, las murallas de Roma no habían sufrido cambio alguno; mas este emperador, temiendo que los bárbaros en alguna de sus incursiones se apoderasen de la ciudad por medio de un golpe de mano, la cercó de nuevos muros que fueron acabados hacia el año 276 de nuestra Era. Si se ha de creer á los escritores contemporáneos, esta nueva muralla tenía una circunferencia de casi 50 millas, guarismo que no puede parecer exagerado si se considera la extensión inmensa que debían ocupar edificios tan vastos como los que entonces se fabricaban y la área que se necesitaba para encerrar una población tan numerosa como era la que afluyó en aquellos tiempos á la gran Ciudad que fué llamada Señora del mundo.

Lo cierto es, que no se han encontrado vestigios de esa extensísima muralla, y que los muros actuales, que no tienen sino poco más de 16 millas de circunferencia, son evidentemente de época posterior á la de Aureliano.

La parte más antigua que se observa en los muros actuales es la que restableció Honorio hacia el año 462 de la Era Cristiana, y en esa época, á juzgar por las inscripciones que aun existen, fueron construidas muchas de las puertas de la ciudad.

Por el lado del Tíber, en que se halla la Basílica de San Pedro, las murallas son de construcción moderna. Consta por otra parte que el Vaticano no estaba comprendido dentro de los límites de la ciudad hasta el año 850 en que fué amurallado por el Papa León IV para proteger la Basílica contra las irrupciones de los sarracenos.

Doce son las puertas que hoy existen, nueve sobre la ribera izquierda del Tíber, que se llaman, *Flaminia* ó del *Popolo*, *Salaria*, *Pia*, *S. Lorenzo*, *Maggiore*, *S. Giovanni*, *Latina*, *Appia* ó *S. Sebastiano* y *S. Paolo*: cuatro sobre la ribera derecha, *Portese* y *S. Pancrazio*, en la *Trastevere*, y *Cavalleggiere* y *Angelica* del lado del Vaticano. Estas son las que existen abiertas: hay cerradas en la margen izquierda, cuatro (*Pin-ciana*, *Viminalis*, *Metronis* y *Ardeatina*), y tres en la ribera derecha *Fabbrica*, *Pertusa* y *Castello*): algunas otras hay de menor importancia que se hallan cerradas de mucho tiempo atrás.

El Tíber atraviesa á Roma de Norte á Sur, y facilita el transporte de los víveres y mercancías. En lo antiguo había sólo cuatro puentes para pasar el río de uno á otro lado de la ciudad y se llamaban: *Aelius*, *Janiculensis*, *Fabricius* y *Gratiani*: hoy existen nueve, que se llaman: *Margarita*, *Ripetta*, *Humberto* 1º (en construcción), *S. Angelo*, *Ponte di Ferro*, *Sixto*, *Garibaldi*, *Fabricio* y *Rotto*.

La ciudad está dividida hoy en catorce cuarteles y se hallan en construcción algunos más que no tenemos noticia hayan sido delineados en totalidad. La población, según las estadísticas no muy recientes que tuvimos á la vista, era de 250,000 habitantes: aumenta considerablemente de día en día y se nos ha asegurado que pasa en la actualidad de 300,000.

Aunque Roma dista mucho de haber recobrado su antigua opulencia, todavía puede ser considerada como la más hermosa ciudad del mundo. Los obeliscos, las columnas, las estatuas, los bajo-relieves y tantas otras obras maestras del arte, desenterradas de las ruinas y de los escombros que amontonaron los siglos ó la barbarie: los restos de antiguos

templos, de arcos de triunfo, de circos, de teatros, de anfiteatros, de termas, de tumbas, de acueductos y de otros edificios con que se tropieza á cada paso, excitan el asombro y la admiración por su magnificencia, formando la riqueza principal de esta ciudad célebre.

Los edificios modernos de Roma rivalizan en magnificencia con los antiguos: las suntuosas iglesias, los grandes palacios, las bellísimas fuentes, las magníficas plazas, las famosas villas ó casas de placer que encierran bellas colecciones de monumentos de arte antiguos y modernos, los museos públicos en donde se han reunido las grandes obras de la escultura y de la cerámica egipcia, etrusca, griega y romana: las admirables obras de Bramante, de Rafael, de Miguel Angel, de Vignolas, del Bernini, de Canova y de tantos otros artistas célebres que parece fueron suscitados por la Providencia para enriquecer á Roma, hacen de esta ciudad la de mayor magnificencia en el mundo.

La mayor parte de los gobiernos europeos han fundado allí con el nombre de Academias, soberbios establecimientos en donde los jóvenes nacionales van á perfeccionarse en el conocimiento de las artes y de la arqueología. La Academia de S. Lucas, creada por los Pontífices y sostenida hoy por el gobierno italiano, ha producido excelentes artistas que gozan de una reputación merecida.

Roma posee muy buenos establecimientos de Beneficencia, entre otros el magnífico Hospital del Espíritu Santo.

Tiene igualmente soberbios almacenes y tiendas en las cuales el comercio principal es de objetos de bellas artes, como esculturas, pinturas, grabados, camafeos, mosaicos, etc. Tiene fábricas de sedas, de tejidos, de flores, de perlas artificiales.....

Esta idea general bastará para dar á conocer en conjunto al lector la ciudad en donde lo vamos á introducir.

No podemos prescindir de comenzar nuestras excursiones, entrando por la puerta del *Popolo*. Es, sin duda, la principal, la de mayor movimiento, y da entrada á la magnífica plaza del mismo nombre, la más extensa y grandiosa de las que

tiene Roma, la única que puede hasta cierto punto rivalizar con la de San Pedro.

Cuando el emperador Honorio hizo reparar los muros de Roma en el año 402 de la Era cristiana, se abrió por el lado de la vía *Flaminia* una puerta que tomó este nombre. Estaba, empero, situada sobre la pendiente de una colina; circunstancia que hacía incómodo el ingreso á la ciudad, y por esta razón en el siglo VI ó en el VII fué trasladada al lugar que actualmente ocupa y desde fines del siglo XIV recibió el nombre de *Porta del Popolo* á causa de su proximidad á la iglesia así llamada. En 1561 hizo decorar la fachada exterior el Papa Pío IV bajo el proyecto que formó Miguel Angel y fué ejecutado por Barozzi. Esta decoración, bellísima y sorprendente, consiste en cuatro columnas de orden dórico y en los intercolumnios las estatuas colosales de San Pedro y San Pablo. La fachada interior fué decorada en 1655 bajo el pontificado de Alejandro VII según el dibujo del Bernini.

Obra de dos genios tan distinguidos las dos fachadas de la puerta, son verdaderamente artísticas y grandiosas. Su aspecto evidencia desde luego que aquella puerta sirve de entrada á la primera ciudad del mundo. Las inscripciones que de uno y otro lado se miran dan á conocer que se llega á la ciudad de los Papas. Los nombres de dos pontífices amantes de lo bello y protectores de las artes, son el mejor adorno de aquellas soberbias fachadas, que formarían por sí solas la gloria de los artistas que las proyectaron y de los soberanos que las hicieron ejecutar, si estos nombres no fueran bastante conocidos por otras muchas obras que hace siglos vienen admirando las generaciones.

Entremos en la plaza. Uno de los espectáculos más imponentes que pueda ofrecer la entrada de una ciudad, es sin disputa el que se ofrece á los viajeros al llegar á esta plaza cuyo aspecto grandioso y pintoresco sorprende y encanta la vista del más ejercitado en contemplar maravillas del arte. Detengámonos con la espalda vuelta á la fachada interior de la puerta, y dirigiendo la vista á uno y otro lado, veremos

